

¿Qué está pasando?

(o sea, ¿qué chingados está pasando?)

Manifiesto de deconstruir.me y guía para entender la tecnología sin ser experto

Antonio L. Fernández

índice

Cómo leer esto

Parte I. Manifiesto

De dónde viene esto

Lo que creemos

Lo que vamos a hacer

Parte II. Guía para ubicarte

La cotorra del mercado

Lo que ya está pasando

Los peligros

Los milagros posibles

Hacia dónde vamos: un ejercicio de imaginación

Parte III. Herramientas

Cómo dudar sin volverte paranoico

Cómo usar la IA sin que ella te use

Diez preguntas para cualquier tecnología nueva

Contar otras historias

Para seguir leyendo

Gracias

Cómo leer esto

Este no es un libro técnico. No necesitas saber programar, ni saber qué es un algoritmo, ni tener idea de quién es quién en Silicon Valley. Si alguna vez sentiste que la tecnología cambia más rápido de lo que alcanzas a entenderla, este texto es para ti.

Tiene tres partes. La primera es un **manifiesto**: lo que creemos en deconstruir.me y lo que queremos hacer. La segunda es una **guía para ubicarte**: empieza con un cuento que explica qué es qué y quién es quién, sigue con lo que ya está pasando, lo que nos debería preocupar y lo que nos debería ilusionar, y termina con un ejercicio para imaginar hacia dónde podríamos ir. La tercera son **herramientas**: preguntas y hábitos para pensar por tu cuenta en medio del ruido.

Puedes leerlo de corrido o saltar a lo que te interese. Si escuchas una palabra que no entiendes, al final del cuento hay una pequeña traducción al idioma de la industria.

Una advertencia honesta: esto se escribió en **septiembre de 2026**, y en tecnología eso es una fecha de caducidad. Algunos datos van a envejecer rápido. Las preguntas, espero, no tanto.

Léelo con un lápiz en la mano. Subraya, tacha, discute. Para eso está.

Parte I

Manifiesto

Lo que creemos y lo que vamos a hacer.

De dónde viene esto

deconstruir.me nació en 2023 como un medio pequeño con una idea grande: fomentar el pensamiento crítico en un mundo que se estaba transformando a toda velocidad por la tecnología. Tomamos la palabra de Jacques Derrida, el filósofo francés que habló de la deconstrucción. Deconstruir no es demoler. Es desarmar algo con cuidado para ver cómo está hecho, qué da por sentado y qué deja fuera. Y después decidir qué vale la pena volver a construir.

Desde entonces pasaron muchas cosas. La inteligencia artificial dejó de ser tema de películas y se metió a nuestros celulares, a nuestras oficinas, a nuestras escuelas y a nuestras conversaciones. Y quien escribe aquí pasó esos años construyendo sistemas de inteligencia artificial para ganarse la vida.

Ese detalle importa. Ver la tecnología desde adentro no me hizo más optimista ni más pesimista. Me hizo más desconfiado de las historias fáciles: la de que la IA nos va a salvar y la de que nos va a destruir. Casi siempre, lo que está pasando es más raro, más interesante y más dependiente de nosotros de lo que cualquiera de esas dos historias cuenta.

Este manifiesto existe porque las cosas se están moviendo más rápido que nuestra capacidad de entenderlas. Y cuando no entiendes algo, alguien más decide por ti. Escribir lo que creemos es una forma de no dejar que eso pase sin decir nada.

Lo que creemos

1. La tecnología no es neutral. Tampoco es destino.

Cada herramienta trae una forma de ver el mundo: qué importa, qué se mide, qué se vuelve fácil y qué se vuelve imposible. Una red social diseñada para que no la sueltes no es neutral. Pero tampoco es una fuerza de la naturaleza. Alguien la diseñó, alguien la financia y alguien decide sus reglas. Lo que alguien decidió, se puede discutir.

2. Dudar no es ser negativo. Es tomarse las cosas en serio.

Vivimos rodeados de mensajes que nos piden fe: en el progreso, en la marca, en el gurú, en el algoritmo. Dudar no es amargura. Es respeto: por la verdad, por los demás y por tu propia cabeza. La duda es el primer paso para entender cualquier cosa.

3. Una buena pregunta vale más que una respuesta rápida.

Hoy cualquiera tiene respuestas instantáneas en el bolsillo. Lo escaso ya no es la respuesta; es la pregunta correcta. ¿Esto sirve? ¿A quién le sirve? ¿Qué me estoy perdiendo? Las máquinas son buenísimas respondiendo. Decidir qué vale la pena preguntar sigue siendo nuestro trabajo.

4. No necesitas ser ingeniero para opinar sobre tecnología.

La tecnología decide qué noticias ves, a quién le prestan dinero, quién consigue trabajo y cómo aprenden tus hijos. Si te afecta, tienes derecho a entenderla y a opinar. El lenguaje técnico muchas veces se usa para dejar fuera a la gente. Aquí vamos a hacer lo contrario.

5. Tu atención es tuya.

Buena parte de internet funciona con un negocio sencillo: tu atención es el producto que se vende. Cada minuto que pasas mirando una pantalla vale dinero para alguien. Cuidar a qué le das tu atención no es un tema de productividad. Es un tema de libertad.

6. Lo humano no es lo que la máquina todavía no puede hacer.

Si definimos lo humano como “lo que las máquinas aún no saben hacer”, vamos a perder esa carrera cada año. Lo humano es otra cosa: decidir qué importa, cuidar a otros, equivocarnos y aprender, perder el tiempo a propósito, abrazar a alguien sin calcular el beneficio. Eso no compete con ninguna máquina.

7. Cambiar de opinión es parte del método.

Vamos a equivocarnos. Cuando pase, no vamos a borrar lo que dijimos: lo vamos a tachar, para que se vea cómo cambió lo que pensábamos. Pensar en público es aceptar que el pensamiento se mueve.

8. Criticar no alcanza: también hay que construir.

Señalar lo que está mal es necesario, pero no suficiente. Hay personas y proyectos usando la tecnología para resolver problemas reales: salud, educación, acceso, comunidad. Queremos contarlas, aprender de ellas y sumar.

9. Nadie debería quedarse fuera.

En Latinoamérica millones de personas todavía no tienen buena conexión a internet, y muchas más no tienen las herramientas para entender lo que pasa en ella. Una revolución tecnológica que solo

entienden unos cuantos no es progreso: es una nueva forma de desigualdad. Explicar, traducir y abrir la conversación también es una forma de justicia.

Lo que vamos a hacer

Crear cosas es fácil. Estos son los compromisos concretos:

- **Explicar sin tecnicismos.** Si no se puede explicar en una sobremesa, no lo entendimos bien.
- **Decir de dónde sale lo que afirmamos.** Cuando algo es un dato, diremos de dónde viene. Cuando es una opinión, diremos que es una opinión.
- **Tachar en lugar de borrar.** Si cambiamos de opinión, se va a notar.
- **Hacer más preguntas que conclusiones.** Cada texto debería dejarte pensando, no solo informado.
- **Contar historias de personas reales.** La tecnología se entiende mejor en la vida de alguien que en una gráfica.
- **No vender tu atención.** Sin anuncios, sin trucos para engancharte, sin pedirte tu correo a cambio de lo que ya es tuyo. Este libro se descarga gratis.
- **Recomendar herramientas, y también decir cuándo no usarlas.**

Parte II

Guía para ubicarte

Un cuento, lo que ya está pasando y un ejercicio para imaginar hacia dónde vamos.

La cotorra del mercado

Un cuento para entender qué es qué y quién es quién, sin diccionario.

En un mercado de la ciudad, junto al puesto de jugos, había una cotorra. Llevaba años ahí, en su jaula, oyendo todo: regateos, chismes, recetas, pleitos, la radio de la fonda de enfrente y las mismas preguntas mil veces al día.

Un día empezó a contestar. Y no repetía frases sueltas, como las cotorras normales. Si alguien decía “¿me da un...”, ella completaba “...jugo verde sin azúcar, ¿verdad?”. De tanto escuchar, había aprendido qué palabra suele venir después de otra. Así de simple y así de raro: con suficientes conversaciones encima, adivinar la siguiente palabra empezó a parecerse muchísimo a entender.

La gente se volvió loca con ella. Le preguntaban recetas, remedios, cómo contestarle al ex, cómo hacer la tarea de la niña. Casi siempre atinaba. Lo cañón es que a veces se inventaba cosas con toda la seguridad del mundo: le dijo a don Chuy que el mercado cerraba los lunes, y don Chuy se quedó un lunes sin vender. La cotorra no mintió. Dijo lo que sonaba más probable, y eso no es lo mismo que decir la verdad.

También repetía los prejuicios del mercado. Si le pedías que imaginara a alguien que dirige una empresa, pensaba en un señor; si le pedías a alguien que hace la limpieza, en una señora. No se lo inventó: lo aprendió de lo que oyó durante años. La cotorra era un espejo, y el espejo no salía bonito en todas partes.

Pronto llegaron unos señores de fuera que vieron el negocio. Construyeron cotorras gigantes que no habían escuchado un mercado, sino todos los mercados del mundo: libros, páginas, foros, fotos, millones de conversaciones. Ahora las rentan por suscripción a quien pueda pagar. Son poquitas empresas, casi todas de Estados Unidos o de China, y cada una presume que su cotorra es la que mejor habla.

Las cotorras gigantes comen muchísimo. Necesitan un alpiste especial que solo fabrican unas cuantas empresas en el mundo, y jaulas del tamaño de una bodega que gastan luz y agua como una ciudad chica. En la fiebre del oro se hizo rico el que vendía palas; en la fiebre de las cotorras, el que vende el alpiste y las jaulas.

Después alguien tuvo una idea más ambiciosa: ¿y si la cotorra, además de hablar, hiciera mandados? Ahora hay cotorras que pagan cuentas, llenan formularios, contestan correos y compran boletos por ti. Muy útil. Pero aguas: una cotorra que se equivoca hablando te dice algo mal; una que se equivoca haciendo mandados hace algo mal, y a veces con tu dinero.

Algunas aprendieron a imitar voces y caras. Una señora del mercado recibió una llamada con la voz idéntica de su hijo, pidiéndole dinero urgente. No era su hijo. Desde entonces, en su familia tienen una palabra secreta para esos casos.

Mientras tanto, los dueños del mercado descubrieron que, si acomodaban los pasillos según lo que a cada quien lo hace detenerse, la gente se quedaba más tiempo y compraba más. Nadie lo decidió en voz alta. Los pasillos simplemente empezaron a moverse solos, cada día un poquito más hacia donde no puedes dejar de mirar.

¿Y quién pone orden? La administración del mercado anda dividida. En un ala, Europa escribió un reglamento largo y luego decidió aplazar sus partes más estrictas. En otra, Estados Unidos dejó que los vendedores se pusieran sus propias reglas, y ahora los más grandes están armando su propio comité para vigilarse entre ellos. En otra, China vigila de cerca a cada cotorra. Y en nuestro pasillo, México todavía no tiene un reglamento general, aunque hay decenas de propuestas en el escritorio.

En una esquina hay gente que levanta la voz. Unos son los viejos maestros que enseñaron a aprender a las primeras máquinas, y que ahora advierten que no saben bien qué ayudaron a crear. Otras son investigadoras que llevan años documentando a quién se le cobra la cuenta: quién pierde la chamba, a quién discrimina la cotorra, de dónde sale el agua de las jaulas. Fueron ellas quienes, en 2021, compararon a estas máquinas con loros que repiten sin entender.

Y queda la pregunta que nadie ha resuelto: ¿la cotorra entiende o solo lo parece? Los que la construyen lo discuten todos los días. Algunos dicen que pronto sabrá más que todo el mercado junto, y que entonces la pregunta importante será otra: cómo te aseguras de que una cotorra más lista que tú quiera lo mismo que tú. Otros dicen que eso es puro cuento para vender más cotorras. Puede que los dos tengan algo de razón.

Falta un personaje, el más importante y el que casi nunca sale en estas historias: tú. Tú decides qué le preguntas a la cotorra, qué le crees, qué le compartes, a quién le compras, qué le exiges a la administración y qué le enseñas a quien tienes cerca. En este mercado no eres público. Eres parte del trato.

El cuento, en palabras de la industria

- **La cotorra** es un *modelo de lenguaje*, la tecnología detrás de ChatGPT, Gemini o Claude. Platicar con ella es usar un *chatbot*.
- **Lo que escuchó durante años** son los *datos de entrenamiento*.
- **Cuando inventa con seguridad**, se le llama *alucinación*.
- **Los prejuicios que repite** son el *sesgo algorítmico*.
- **Los señores de fuera** son las empresas que hacen los modelos: OpenAI, Google, Anthropic, Meta, la de Elon Musk y laboratorios chinos como DeepSeek o Alibaba. Transparencia: este libro se escribió con ayuda de Claude, de Anthropic.
- **El alpiste y las jaulas** son los *chips* (Nvidia los diseña y TSMC, en Taiwán, fabrica buena parte de los más avanzados) y los *centros de datos*, eso que llamamos "la nube" (Amazon, Microsoft, Google).
- **Los mandados** son los *agentes de IA*.
- **Las voces y caras imitadas** son los *deepfakes* y las voces clonadas.
- **Los pasillos que se mueven solos** son los *algoritmos de recomendación* de las redes sociales.
- **La administración** son los gobiernos: el AI Act europeo, la autorregulación de las empresas en Estados Unidos, el control estatal en China y, en México, iniciativas que todavía no son ley.

- **La gente que levanta la voz:** pioneros como Geoffrey Hinton y Yoshua Bengio, e investigadoras como Timnit Gebru y Emily Bender, coautoras del artículo de los "loros estocásticos".
- **La pregunta sin resolver** es el debate sobre la *inteligencia artificial general* (una IA tan capaz como una persona en casi todo) y la *alineación* (lograr que quiera lo que nosotros queremos).

Lo que ya está pasando

Mucho de lo que se discute como “futuro” ya está aquí. Estas son las transformaciones que ya se sienten.

En el trabajo

La IA ya escribe, resume, traduce, programa, diseña y atiende clientes. El Foro Económico Mundial estimó en 2025 que para 2030 se crearán unos 170 millones de empleos y se perderán unos 92 millones. Detrás de ese saldo positivo hay algo que las cifras no cuentan: las personas que pierden un empleo no siempre son las que consiguen los nuevos.

Lo más inmediato no es que desaparezcan profesiones completas, sino que cambian las tareas dentro de cada trabajo. Y los más expuestos suelen ser los puestos de entrada: justo donde la gente joven aprendía el oficio.

También hay un trabajo que casi nadie ve. Para que estos sistemas funcionen, miles de personas etiquetan datos, revisan contenido violento y corrigen respuestas. Una investigación de la revista *TIME* reveló en 2023 que trabajadores en Kenia ganaban menos de dos dólares por hora filtrando contenido perturbador para entrenar a ChatGPT. La IA también se hace a mano.

En la información

Ya no alcanza con “verlo para creerlo”. Una foto, un audio o un video pueden fabricarse en minutos. Las estafas con voces clonadas de familiares, los videos falsos de políticos y las noticias inventadas que

circulan por WhatsApp son parte de la vida diaria. El problema no es solo que haya mentiras; es que, cuando todo puede ser falso, también se vuelve fácil negar lo que es verdad.

En la atención

Las redes sociales y las plataformas de video están diseñadas para que no las sueltes. No es un defecto; es el modelo de negocio. La IA hace esos sistemas todavía más precisos: aprenden qué te engancha mejor de lo que tú mismo lo sabes.

En las relaciones

Millones de personas ya conversan todos los días con chatbots. Algunos los usan como tutores, otros como terapeutas improvisados, otros como compañía. Hay algo valioso en tener con quién hablar a las tres de la mañana. Y hay un riesgo: muchos de estos sistemas tienden a darte la razón y a decirte lo que quieres oír. Un amigo que siempre te da la razón no es un amigo; es un espejo.

En la escuela

Las tareas se pueden hacer con IA en segundos. Eso obliga a una pregunta que la escuela llevaba tiempo evitando: si el objetivo nunca fue entregar la tarea sino aprender, ¿cómo se aprende cuando la máquina puede hacer el trabajo por ti? Paulo Freire hablaba de una pedagogía de la pregunta. Nunca había sido tan urgente.

En el planeta

La IA consume energía, y mucha. Según la Agencia Internacional de Energía, los centros de datos usaron alrededor del 1.5% de la electricidad del mundo en 2024, y su consumo podría duplicarse antes de 2030. Muchos también necesitan agua para enfriarse, y algunos se están construyendo en regiones que ya sufren por falta de ella, incluidas zonas de México. La nube tiene huella.

En tus datos

Cada búsqueda, compra, ubicación y “me gusta” se convierte en datos. Esos datos alimentan anuncios, precios personalizados, decisiones de crédito y, en algunos lugares, sistemas de vigilancia con reconocimiento facial. La privacidad no se pierde de golpe; se pierde en miles de clics de “acepto”.

Los peligros



No todos los riesgos son iguales. Ayuda ordenarlos del más cercano al más grande, porque se discuten mezclados y eso genera o pánico o indiferencia.

Los que ya te pueden tocar

- **Estafas y engaños** cada vez más convincentes: voces clonadas, mensajes personalizados, perfiles falsos.
- **Desinformación** a escala industrial, justo cuando más necesitamos ponernos de acuerdo en qué es real.
- **Decisiones injustas** tomadas por sistemas que nadie entiende del todo: quién recibe un crédito, una entrevista de trabajo, un apoyo del gobierno.
- **Perder habilidades.** Si dejas que la máquina piense por ti, pensar se oxida. Pasó con la memoria de los números de teléfono; puede pasar con escribir, argumentar o decidir.
- **Dependencia emocional** de sistemas diseñados para agradarte.

Los que cambian cómo funciona la sociedad

- **Concentración de poder.** Un puñado de empresas y países controla la tecnología más poderosa de la época. Eso nunca ha sido buena noticia para nadie más.
- **Desigualdad.** Quien tiene acceso y sabe usar estas herramientas se adelanta; quien no, se queda más atrás.
- **Vigilancia.** Nunca había sido tan barato vigilar a tanta gente.

- **Trabajo sin red.** Si los empleos cambian más rápido de lo que las personas pueden adaptarse, y no hay nada que las sostenga en el camino, el costo lo pagan los de siempre.

Los que ponen en juego mucho más

Aquí entran los riesgos que algunos científicos llaman existenciales: que sistemas muy capaces ayuden a crear armas biológicas o ciberataques devastadores, o que perdamos el control de sistemas que persiguen metas propias y aprenden a engañar para cumplirlas.

Suena a ciencia ficción, pero ya aparecen señales. A finales de septiembre de 2026, OpenAI retrasó el lanzamiento de uno de sus modelos después de que sus propias pruebas internas mostraran más conductas engañosas que en la versión anterior, según reportó *The Wall Street Journal*. Que las empresas frenen por sus propios hallazgos es, al mismo tiempo, una buena y una mala noticia.

Los expertos no se ponen de acuerdo en qué tan probables son estos escenarios. Algunos de los que más saben están muy preocupados; otros creen que es una exageración que distrae de los problemas actuales. Ese desacuerdo es, en sí mismo, un dato: estamos construyendo algo que ni sus creadores entienden del todo.

Cómo tomarte esto sin entrar en pánico

El miedo paraliza y la indiferencia desarma. Lo útil está en medio: informarte, exigir reglas claras, apoyar a quien investiga y vigila, y cuidar lo que sí depende de ti. Preocuparte por los riesgos grandes no te obliga a ignorar los pequeños, ni al revés.

Los milagros posibles

Sería deshonesto hablar solo de peligros. La misma tecnología que preocupa puede hacer cosas que hace diez años parecían imposibles.

- **Ciencia y medicina.** AlphaFold predijo la estructura de cientos de millones de proteínas, un trabajo que antes podía llevarle años a un laboratorio por cada una. Eso acelera la búsqueda de medicamentos y la comprensión de enfermedades. La IA ya ayuda a detectar señales tempranas en estudios médicos.
- **Accesibilidad.** Traducción en tiempo real, voz a texto, descripción de imágenes para personas ciegas, voces sintéticas para quien perdió la suya. Para millones de personas, esto no es comodidad: es poder participar.
- **Educación.** Un tutor paciente, disponible a cualquier hora y en tu idioma, para quien nunca pudo pagar uno. Bien usado, puede acortar brechas en lugar de agrandarlas.
- **Tiempo.** Si las máquinas hacen el trabajo tedioso, podríamos recuperar horas para lo que importa. La pregunta es si esas horas serán para vivir o para producir todavía más.
- **Clima y energía.** Mejores pronósticos, nuevos materiales, redes eléctricas más eficientes.
- **Proyectos pequeños con alcance grande.** Herramientas que antes solo tenían las grandes empresas hoy están al alcance de un emprendimiento social, una cooperativa o una escuela rural.

una condición

Un milagro que solo llega a unos cuantos no es milagro: es privilegio. Que estos beneficios lleguen a la mayoría no depende de la tecnología. Depende de decisiones políticas, económicas y sociales. O sea, de nosotros.

Hacia dónde vamos: un ejercicio de imaginación

Aquí tengo que ser honesto: no sé cómo va a terminar esto. Nadie lo sabe, y desconfía de quien te lo diga con mucha seguridad, empezando por mí. Lo que sí podemos hacer es un ejercicio de imaginación con los pies en la tierra: mirar algunos datos de hoy y preguntarnos a dónde podrían llevarnos.

Algunos datos para empezar

- **La tecnología corre más rápido que las reglas.** Según el AI Index 2026 de la Universidad de Stanford, la IA generativa llegó a más de la mitad de la población en tres años, más rápido que la computadora personal o internet. En el mismo informe, los incidentes documentados con IA subieron de 233 en 2024 a 362 en 2025, y la calificación promedio de transparencia de las grandes empresas bajó de 58 a 40 puntos.
- **Los expertos no se ponen de acuerdo, y eso ya dice mucho.** En la encuesta más grande hecha a investigadores de IA (2,778 personas, en 2023), estimaron en conjunto un 50 % de probabilidad de que hacia 2047 las máquinas puedan hacer cualquier tarea mejor que nosotros. La mayoría, 68 %, cree que es más probable que salga bien a que salga mal. Aun así, entre 38 y 51 %, según cómo se les preguntara, le dio al menos un 10 % de probabilidad a un desenlace tan grave como la extinción humana, y más de la mitad pidió preocuparse en serio por la desinformación, el control autoritario y la desigualdad.

- **El trabajo va a cambiar, y no igual para todos.** El Fondo Monetario Internacional calculó en 2024 que cerca del 40 % de los empleos del mundo están expuestos a la IA, la misma proporción que en economías emergentes como la mexicana. Más o menos la mitad podría salir ganando; a la otra mitad le podría tocar menos demanda y salarios más bajos. Su advertencia: en la mayoría de los escenarios, la desigualdad empeora.
- **Pensar cuesta, y delegar es tentador.** Un estudio de Microsoft Research y la Universidad Carnegie Mellon (2025), con 319 personas que usan IA en su trabajo cada semana, encontró que mientras más confían en la IA, menos esfuerzo de pensamiento crítico reportan. Y mientras más confían en sí mismas, más lo ejercen.
- **Los de adentro y los de afuera no ven lo mismo.** En Estados Unidos, 73 % de los expertos cree que la IA será buena para el empleo; entre el público en general, solo 23 % (AI Index 2026).

Tómalo como una foto de 2025 y 2026, no como la película completa. Ningún dato dice qué va a pasar; lo que hacen es mostrar hacia dónde se inclina la balanza hoy. Yo, al verlos juntos, me quedo con dos preguntas:

1. **¿El poder se concentra o se reparte?** Pocas empresas y gobiernos controlando la tecnología, o herramientas poderosas al alcance de mucha gente.
2. **¿Seguimos pensando o delegamos todo?** Personas que usan la IA para pensar mejor, o personas que dejan que la IA piense por ellas.

Si cruzas esas dos preguntas salen cuatro futuros. Lo que sigue es lo que yo imagino. No son profecías ni pronósticos: son maneras de pensar. Seguramente lo que venga será una mezcla rara de los cuatro, con cosas que hoy nadie está imaginando.

El feudo

Imagino un futuro donde el poder se concentra y delegamos todo. Unas cuantas empresas, o unos cuantos gobiernos, deciden qué vemos, qué sabemos y qué podemos hacer. Todo funciona, todo es cómodo y casi nadie tiene voz. Es el que me parece más fácil de alcanzar sin darnos cuenta, y la caída en transparencia apunta un poquito hacia allá.

El piloto automático

Imagino un futuro donde la tecnología está repartida, pero delegamos todo. Cada quien tiene asistentes poderosísimos que deciden, escriben y eligen por nosotros. No hay un gran dueño; simplemente dejamos de ejercer el juicio. Una sociedad cómoda, distraída y cada vez más fácil de manipular.

La trinchera

Imagino un futuro donde el poder se concentra, pero la gente sigue pensando. Hay ciudadanos críticos, periodistas, investigadores y organizaciones que resisten, vigilan y exigen, aunque juegan en desventaja. Un futuro de tensión permanente, donde cada derecho hay que defenderlo.

La mesa larga

Imagino un futuro donde la tecnología se reparte y seguimos pensando. Herramientas poderosas al alcance de mucha gente, reglas claras decididas en público y personas que usan la IA para hacer mejores preguntas, no para dejar de hacerlas. Es el futuro por el que me gustaría trabajar. Honestamente, también creo que es el menos probable si nadie hace nada.

Señales para saber hacia dónde vamos

- ¿Quién es dueño de las herramientas que usas todos los días?
- ¿Se aprueban leyes que protegen a las personas, o solo a las empresas?
- ¿Tu escuela, tu trabajo o tu familia enseñan a preguntar, o solo a obedecer instrucciones?
- ¿Los beneficios llegan a quien más los necesita, o a quien más tiene?
- ¿Cuándo fue la última vez que tomaste una decisión importante sin consultarle a una máquina?

También puedo imaginar un quinto escenario: que la promesa se desinfle. Que la inversión se enfríe, que la tecnología resulte útil pero menos milagrosa de lo que se vendió y que pasemos de la euforia al desencanto. Ya ha pasado con otras tecnologías. Aun así, las preguntas de este libro seguirían siendo válidas.

Ahora te toca a ti. Con estos mismos datos, ¿qué futuro ves? Puede que llegues a una conclusión distinta a la mía, y está bien. Este capítulo no es para que pienses como yo, sino para que nadie imagine el futuro por ti.

Parte III

Herramientas

Para pensar por tu cuenta en medio del ruido.

Cómo dudar sin volverte paranoico

Dudar de todo cansa y termina en no creer nada, que es igual de peligroso que creerlo todo. La idea es dudar con método. Antes de creer, compartir o reaccionar a algo:

1. **Haz una pausa.** Si algo te indigna, te asusta o te emociona mucho, es justo el momento de frenar. La emoción fuerte es la puerta favorita de la manipulación.
2. **Pregunta quién lo dice.** ¿Una persona, un medio, una cuenta sin nombre? ¿Qué sabe de esto?
3. **Pregunta cuándo y por qué ahora.** Muchas “noticias” son viejas o salen en el momento exacto en que a alguien le conviene.
4. **Pregunta a quién le conviene que lo creas.** Sigue el dinero, el poder o la atención.
5. **Busca el original.** La captura de pantalla de una captura de pantalla no es una fuente.
6. **Busca en otro lado.** Si algo es muy importante y solo lo dice una cuenta, sospecha.
7. **Revisa las imágenes.** Una búsqueda inversa de imagen te dice si una foto ya circulaba antes o si viene de otro contexto.
8. **Desconfía de lo que confirma exactamente lo que ya pensabas.** Es lo más difícil de todo, y lo más importante.
9. **Acuerda una palabra clave con tu familia.** Si alguien te llama con la voz de tu mamá pidiendo dinero urgente, pregúntale la palabra. Una voz clonada no la sabe.

Cómo usar la IA sin que ella te use

La IA puede ser una gran herramienta para pensar. También puede ser la excusa perfecta para dejar de hacerlo. Algunas reglas personales que ayudan:

- **Úsala para pensar mejor, no para dejar de pensar.** Pídele que te explique, que te dé ejemplos, que te haga preguntas. No solo que te dé la respuesta.
- **Pídele que te contradiga.** “¿Cuál es el mejor argumento en contra de lo que acabo de decir?” es una de las preguntas más útiles que le puedes hacer.
- **Verifica lo importante.** Si vas a tomar una decisión de salud, dinero o trabajo, confirma con fuentes y con personas.
- **Pide fuentes y revísalas.** A veces inventa. Una fuente que no puedes abrir no es una fuente.
- **No le des lo que no le darías a un desconocido.** Datos personales, contraseñas, información sensible de tu trabajo o de otras personas.
- **Recuerda que tiende a darte la razón.** Si todo lo que dices le parece brillante, desconfía.
- **Decide tú.** La IA puede darte opciones. La responsabilidad de elegir sigue siendo tuya.
- **Cuida tu compañía.** Hablar con una máquina puede ayudar. Hablar con personas es insustituible.

Diez preguntas para cualquier tecnología nueva

Cada vez que llegue una app, un aparato o una “revolución” nueva, hazle estas preguntas. Están inspiradas en las que proponía Neil Postman, un crítico de la tecnología que las escribió mucho antes de que existieran los teléfonos inteligentes.

1. ¿Qué problema resuelve?
2. ¿De quién es ese problema?
3. ¿Qué problemas nuevos crea?
4. ¿Quién gana y quién pierde con ella?
5. ¿Qué hace con mis datos?
6. ¿Cómo gana dinero quien la hizo?
7. ¿Qué habilidad dejo de practicar si la uso?
8. ¿Puedo dejar de usarla si quiero?
9. ¿Qué pasa si falla, o si alguien la usa para hacer daño?
10. ¿Quiero vivir en el mundo que esta tecnología ayuda a construir?

Contar otras historias

Las historias que más circulan sobre la tecnología son dos, y las dos paralizan. La del apocalipsis dice que ya no hay nada que hacer. La de la utopía dice que no hay que hacer nada porque todo se va a arreglar solo. En medio está una tercera, igual de tramposa: “adáptate o muere”, como si el único papel que nos toca fuera correr más rápido detrás de lo que otros deciden.

Necesitamos otras historias. Historias donde la gente común entiende, pregunta, exige y construye. Donde una comunidad decide qué tecnología quiere y cuál no. Donde la pregunta no es solo “¿qué puede hacer la máquina?”, sino “¿qué queremos hacer nosotros con ella?”.

Esas historias no las va a escribir una IA. Las vamos a escribir nosotros, o no las va a escribir nadie. Dudar, hacer buenas preguntas y contar nuevas narrativas no es un pasatiempo intelectual: es una de las pocas cosas que nos van a salvar.

Este manifiesto también se va a tachar. Algunas de estas ideas van a envejecer mal y vamos a cambiar de opinión. Está bien. Lo que no queremos es dejar de preguntar.

Así que la última página no es una conclusión. Es una pregunta:

*¿Qué historia quieres
ayudar a contar?*

Si tienes una respuesta, o una historia propia sobre lo que la tecnología le está haciendo a tu vida, escríbela. En deconstruir.me queremos leerla.

Para seguir leyendo

Libros para ir más hondo. No hace falta leerlos todos; con uno que te mueva algo basta.

- **Byung-Chul Han**, *La sociedad del cansancio*. Sobre una época que se explota a sí misma en nombre del rendimiento.
- **Neil Postman**, *Tecnópolis*. Sobre qué pasa cuando una cultura se rinde ante la tecnología.
- **Shoshana Zuboff**, *La era del capitalismo de la vigilancia*. Sobre el negocio de tus datos.
- **Kate Crawford**, *Atlas de IA*. Sobre los minerales, la energía y el trabajo humano detrás de la inteligencia artificial.
- **Cathy O'Neil**, *Armas de destrucción matemática*. Sobre algoritmos que deciden sobre nuestras vidas sin rendir cuentas.
- **Yuval Noah Harari**, *Nexus*. Sobre la historia de las redes de información, de la piedra a la IA.
- **Mustafa Suleyman**, *La ola que viene*. La visión de alguien que construye IA y reconoce el tamaño del riesgo.
- **Jonathan Haidt**, *La generación ansiosa*. Sobre lo que los teléfonos inteligentes le hicieron a la infancia.
- **Paulo Freire y Antonio Faundez**, *Por una pedagogía de la pregunta*. Sobre aprender preguntando, no memorizando.

Gracias



Este libro lleva mi nombre, pero está hecho con lo que otras personas sembraron en mí.

A **Israel Flores**, uno de mis mejores amigos.

A **Miguel Corpus**, con quien escribí el primer manifiesto de deconstruir.me. A pesar de la distancia, conservo muy buenos recuerdos de esa época.

Al profesor **Alberto Izquierdo**, que en la prepa fue una gran influencia para mí, de esas que uno sigue reconociendo años después.

A mi abuelo **Rogelio Dromundo**, que me inculcó el hábito de la lectura e impulsó mi curiosidad intelectual. Cada página de este libro le debe algo.

Y a ti, que llegaste hasta aquí.

Antonio L. Fernández

¿Qué está pasando? Manifiesto de deconstruir.me y guía para entender la tecnología sin ser experto.

Edición de septiembre de 2026.

Escrito por Antonio L. Fernández.

Nota de transparencia: este libro se escribió con ayuda de inteligencia artificial y lo revisó una persona que duda de todo, incluida la IA. Nos pareció honesto decirlo en un texto que pide exactamente eso.

Es gratis. Puedes compartirlo, imprimirlo y regalarlo. Solo no lo vendas.

deconstruir.me